

PRÓLOGO

SAN EDUARDO, UN LUGAR EN EL MUNDO

Han pasado más de quince años y posiblemente no transcurre un solo día en que no me acuerde de ti o algo no me haga evocar tu olor, tu luz o el sonido inconfundible de la brisa en las ramas de tus árboles. Todavía hoy, tantos años después, puedo sentir el olor a resina empujado por el viento en torbellino, y a tierra mojada, en las tardes de primavera o de septiembre, después de una tormenta. Y las mañanas frescas y limpias de verano ahogadas en un tórrido amarillo de juncos secos y flores silvestres asfixiadas, ensordecidas por la pesadilla incansable de las cigarras, que apaga el zumbido de los insectos y de los pájaros y el zureo invisible de las palomas. Sentir el aire en la cara y correr con los brazos en cruz acariciando las ramas bajas de tus enormes cipreses centenarios, alineados en la amplia curva que asciende suavemente hasta la casa.

—¡No os asoméis a los pozos y no toquéis el transformador que os podéis electrocutar!

Abandonados en el silencio de su soledad, los cinco pozos dan la vida y vierten la amenaza latente del peligro: el pozo que lleva el agua hasta la casa, con portezuelas y tejadillo, cuyo motor renqueante se accionaba mediante una palanca que proporcionaba más ruido que agua. El pozo del agua potable, en el que se llenan los panzudos cántaros de barro que se guardan a la fresca con un platillo por tapadera. El pozo de regar los geranios, con su pequeño pilón de agua verde, hogar de musgos y renacuajos, pululante de vida y de criaturas indecisas, emergidas y desaparecidas al instante en la espesa turbiedad esmeralda, como minúsculos fantasmas. Y el pozo de El Estanque de los Patos, pequeña piscina de mosaico rojo bajo los pinos, con planta de cruz y una rampita, trampolín para palmípedos, cuya agua se extraía accionando el ingenioso mecanismo manual de sube y baja de una historiada palanca de hierro forjado, antaño pintada de verde que, en virtud de los insondables misterios de la física de fluidos y del vacío creado en no se sabe qué laberinto de tuberías y tuercas, hacía brotar,

al cabo de tres o cuatro bajadas, un agua cristalina y fresca que salía a golpes, como latidos, y que se derramaba en el estanque a través de una teja invertida.

Tardes de piñones, piña y polvillo, partidos allí mismo con cualquier piedra sobre el rústico banco de granito. Fresco el sabor, esencia misma de la savia, con su sello de polvo suave y oscuro en los dedos infantiles, que acababa en las culeras de los pantalones y en el dorso de las camisetas. Tardes de juncos amarillos que dejaban sabor dulzón al mascar el tallo arrancado y que exhalaban un humo negro al prenderlos para fumarlos. Clandestinos y vedados, con peligro de incendio, entre risas y toses, con temor a lo prohibido. O aspirar el juguillo dulce del tallo de las petunias silvestres, milagro de vida en ese páramo de sierra, a la sombra de la yedra del lavadero, donde Socorro, la anciana guardesa que sin moverse de allí había criado numerosos hijos y nietos, se dejaba los nudillos, los riñones y la vida lavando a mano en una tabla rugosa la ropa de dos familias.

—Socorro, ¿y los gatitos que tuvo ayer la gata negra?

—Los he tirado.

Un sudor de mareo y de latidos en las sienes, mezclado con el estupor y la sorpresa, producidos al descubrir de repente, en mitad de una carrera infantil, una masa ondulante de gatos nacidos, ciegos y fetales, cabeceando torpemente en el delantal recogido de Socorro, que los arroja oscuramente tras la tapia trasera, colindante con el terraplén del tomillar, ajena a los maullidos desgarradores de la gata negra, que los busca enloquecida, y a nuestros desorbitados ojos, que observan sin reaccionar mudos de pavor, con el corazón en la garganta. No es que no te pueda olvidar, es que eres tan parte de mí que siento las hojas de las mimosas entretejiendo mi pelo y lo que corre por mis venas tiene la misma vida que la savia de tus árboles, porque se renueva con la misma fuerza en las primaveras. Nuestra primera vez de casi todo ha tenido lugar entre tus árboles o detrás de tus tapias o sobre tus enormes rocas de granito, de ondulaciones suaves y grises con manchones verde clarito de líquenes adheridos. Hasta mis ojos y el color de mi pelo imitan tus amarillos y mi piel se ha tostado por tus agostos de sol de plomo fundido. He vuelto después para que me brindaras tu olor a resina de pino y tus silencios de grillos. Después hemos crecido y tú te has disuelto en la nada, pero en nuestros corazones ha quedado impreso para siempre un olor de quietud, un recuerdo salvaje de naturaleza pura, poderosa y opresiva, que nos ha dejado sensibles y alertas, obligándonos a seguirte buscando aún mucho después de que hayas desaparecido para siempre. ¿Cómo íbamos a saber que aquellos cedros inmensos, cien veces más altos que nosotros, supervivientes de una guerra, y aquel mar ondulante de hojas verdes que filtraba el canto de los gallos alegrando de golpe las madrugadas, sucumbiría bajo máquinas excavadoras en aras de un estúpido progreso?

¿Cómo íbamos a saber que ya no estarías aquí para consolarnos si las mañanas eran un estruendo de pájaros entre ramas y el desayuno bajo los pinos un regalo cotidiano? Éramos tan afortunados...

—¡Andreíta, ven a vestirme!

Antes, había que esperar a Dalí, sentada en los escalones de piedra de la puerta trasera de la cocina con una galleta en la mano. Dalí aparecía sin falta desde detrás de la inmensa yedra del lavadero. Avanzaba lenta y majestuosamente, sin apresurar su paso felino. Recorría los cuarenta metros que le separaban de ella con un tic alerta de orejas traslúcidas y bigotes metálicos al sol. El paso solemne, casi distraído. La cabeza a veces ladeada y el instinto alerta, con una mano suspendida en el aire petrificado en pleno movimiento. Atento y retenido.

—¡Vamos! ¿Quieres la galleta, o no?

Dalí se acercaba y restregaba su lomo suave contra las piernas de Andrea. Mordisqueaba lentamente la golosina con las manos muy juntas delante de sí y el lomo un poco encorvado. Viejo gato atigrado, superviviente de los largos inviernos de ausencias. Veintidós años contemplaban sin inmutarse el devenir de la casa enseñoreando su paso controlado por las estancias desde que podíamos recordar. Tenía su propio sillón en el gran distribuidor, separado de la entrada por un arco cubierto con un tapiz del juego de la gallina ciega, de Goya; «de la Real Fábrica de Tapices», según aclaraba siempre mi madre. No es que el sillón estuviera reservado al gato, a tanto no llegábamos, pero a fuerza de tumbarse siempre en él, el terciopelo castaño se había deslucido, por lo que acabó no sentándose nadie, quedándole definitivamente asignado para que mantuviese a los ratones a raya y vigilara el acceso al salón, a las dependencias de la cocina, a la escalera y a la parte del jardín que se veía por una inmensa ventana de guillotina, tan pesada que daba miedo y que los niños no podíamos levantar.

Supe después que tu olor a lavanda silvestre era un milagro que no se repetiría y que hace tanto tiempo que parece una eternidad; más bien parece otra vida, o más exactamente, la vida de otra persona. Pero a veces surge de repente, a traición, emergiendo del fondo de los fondos, como un reflejo de hojas verdes al sol con olor a corteza de pino o un canto de gallos en el aire de las ramas que años después sería evocado por otro canto de gallos en un lugar muy lejano. Un canto de gallos como una premonición, que sale a flote de golpe, arrastrando otras memorias que se van amontonando y acaban convirtiéndose en un tumulto imparable.

Vuelvo a sentirte recién llegados de Madrid para pasar el verano; desorden de baúles abiertos en el piso alto, ajuares domésticos, niños excitados por el viaje saltando entre maletas, bultos de viaje y adultos que acarrear enseres de un sitio

para otro, hábilmente dirigidos por mi madre y mi tía Carmen. Hay algo que no pudo ser demolido: nuestros recuerdos y la gran roca con su asiento tallado en la piedra viva, la Peña Lisa, como la proa de un barco encallado, que quedó ahí a modo de último vestigio mudo de lo que fue ese irreplicable santuario de grillos y de palomas.

Andrea se echó hacia atrás en el sillón y releyó lo que había escrito. Estiró los brazos por encima de la cabeza. ¡Caray, llevaba rato recordando! Le pareció que, aunque guardado muchos años, era un vívido recuerdo limpio y fresco que no había caducado con el tiempo.

Sonrió.

Siguió pensando y repasó la memoria ayudada por la inercia de haberlo revivido, sin cambiar de postura. Correr, subirse a los árboles, saltar desde la gran peña, asomarse al pozo, buscar grillos, oler las hojas verdes... Creyó que estaba allí mismo, aunque en realidad todo eso estaba ahora muy lejos. Y se sintió con fuerza. Se había atrevido a sentarse ante una hoja en blanco. «De seguir así —meditaba con la vista fija en el papel—, pronto reuniré las fuerzas y el coraje para alcanzar el pleno dominio de las circunstancias».

El primer pequeño escalón de una larga escalera. La de las propias decisiones. Para ir encajando el gran rompecabezas de ir viviendo. Tuvo la impresión de que las piezas de ese gran mosaico que es una vida, a veces se descoloca como si una ventolera las hubiera lanzado por el aire. Eso exactamente es lo que al parecer había ocurrido, pero las piezas aparentaban estar en disposición de irse acoplando de nuevo unas con otras. Pausadamente, trabajosamente, se iban posando en el lugar adecuado o estaban en camino de encajar alguna vez en algún momento quizá no muy lejano. Lo cual, habida cuenta de los precedentes, era bastante.

El último año había sido difícil. Había sido el del vendaval: un giro imprevisto de las circunstancias había precipitado un divorcio que ya planeaba como un buitre sobre sus cabezas desde tiempo atrás y una vivencia, una experiencia vital intensa y arrolladora, había conmovido los cimientos de su existencia con tal fuerza, que los jirones maltrechos que aún quedaban de un matrimonio acabado, una vez llegados a ese punto, no aguantaron el primer envite.

Ahora empezaba a ver la luz y estaba a punto de tener la situación bajo control. Había mantenido la calma y había tomado decisiones clave y... acertadas. ¿Acertadas? Pues sí..., acertadas, a toro pasado y según se mire. Muchos opinaron anticipadamente que iba a dar al traste con su vida, y aunque

esta había cambiado radicalmente y aún había muchas incógnitas, creía que estaba en el buen camino, si bien el precio, al decir de muchos —los mismos—, había sido alto.

Para ella no había sido tanto. ¿Una ofuscación?, ¿una ceguera? ¿Quién no se ha dejado llevar alguna vez por un arrebato?

«Por lo menos ahora soy yo la que dirige las riendas; no quiero ni pensar en la Andrea de ayer, estancada en una vida sin conciencia. Hoy miro atrás y no me reconozco. He crecido, he aprendido a vivir, he vivido. En este momento eso es lo que me tiene que valer. Por algo será que he llegado hasta aquí y sabe Dios que voy a seguir adelante».

Se daba cuenta de que sin esa sal su vida se habría quedado en el mero intento, aunque en un momento dado pareciera que sucumbiría al caos que amenazaba con tragársela como un sumidero gigante. No lo sabía entonces y no fue consciente hasta mucho después, pero aquellos dos años de locura habían definido su futuro estableciendo una clara línea divisoria entre un antes y un después.

Se estiró frente al teclado cruzando los brazos por detrás de la nuca y releyó lo que había escrito. Estaba satisfecha. No era tanto aquella sucesión de palabras en negro sobre blanco como el hecho de haberse decidido a colocarlas ahí. El primer peldaño de una larga escalera.

Quedaban contiendas por resolver. Provocaciones, personajes insidiosos, momentos de desesperación, de amor, de miedo.

Contratiempos y un desafío.

La historia del amor ahí estaba.

La historia del desafío, la de la línea divisoria, había empezado dos años antes.